

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVI

Diciembre de 1939

Núm. 174

Puntos de vista

La agresión imperialista

*M*UY justas son las protestas de las naciones por el atentado de Rusia contra Finlandia, país éste de extraordinario progreso y con una población activa y laboriosa. Pero en rigor son confusas las razones que abonan la alianza secreta de Alemania y Rusia, en este momento cargado de amenazas para el futuro de la cultura occidental, y que ha repercutido sobre la situación del pequeño pueblo, que resiste heroicamente a la invasión.

El mundo trastornado asiste con estupor a las depredaciones de los pueblos grandes y poderosos, sobre pueblos pequeños e inermes. Pueden éstos resistir un tiempo la avalancha; pueden obtener victorias sobre su enemigo, pero a la postre los vence el número. Pueda ser que con Finlandia no ocurra este mismo fenómeno y conserve su libertad la nación que tantas muestras elocuentes ha dado del carácter de sus habitantes y de la admirable concreción de su progreso intelectual y material.

Es, indudablemente, inquietante el porvenir del mundo. La arremetida rusa no obedece, al parecer, sólo a circunstancias transitorias de aprovechamiento de su poder para ampliar la zona de su influencia en los mares del norte. Hay sin duda algo más en el fondo, y este «algo más» es justamente lo que puede decidir en el porvenir la situación universal. La doctrina comunista tiene una consigna expansionista. Mientras estuvo reducida al terreno que le

era propio y mientras Rusia no intervino sino teóricamente en las decisiones de las potencias occidentales, pudo creerse que su rol se limitaba a la creación y consolidación de su régimen político interno. En el resto del mundo el comunismo obraba sólo por la simpatía sobre sectores determinados de las masas obreras. Pero el desmembramiento de Polonia, en acuerdo con Alemania, vino a despertar del letargo a muchas conciencias.

Alemania, enemiga tradicional de Rusia, alió sin embargo su suerte, en aquella jornada cruenta, al adversario de ayer, y juntas se repartieron un territorio entero. Polonia dejó de ser políticamente y pasó a aumentar las fronteras de Alemania y Rusia. ¿Qué ulterior propósito, se preguntaron los observadores europeos, tienen en vista estas dos potencias, ayer a punto de arrojarse en una guerra de exterminio por el triunfo de sus respectivas doctrinas? Esta misma interrogación ha quedado suspendida sobre todas las conciencias del mundo. ¿Qué propósitos de expansión, de dominio sobre el planeta ha hecho posible la mezcla de elementos humanos y doctrinales irreconciliables?

Después de Finlandia es posible que Rusia atente contra otros estados. Hemos visto desde hace años la total inescrupulosidad de los países fuertes en su idea expansionista. Qué de extraño tendría entonces que Rusia, olvidando toda la literatura de propaganda, de condenación de sus teóricos sobre la expansión imperialista, se resuelva a seguir en el mismo camino que otros pueblos emprendieron antes, y trate de imponer por las armas una doctrina que no pudo hacer triunfar por la razón? Si Lenin, Pleyanow y otros teóricos censuraron acremente al imperialismo capitalista en su ambición dominadora del mundo, la Rusia de Stalin ha dado, con su agresión a Finlandia y con su actitud en Polonia, un severo y condenable mentís a aquellas teorías.

Es, ciertamente, dolorosa la incógnita que en la actualidad gravita sobre las naciones de occidente. Rusia y Alemania imaginan tener en su espíritu el designio misterioso de dominar en lo que hasta hoy ha sido el patrimonio espiritual de la civilización

de occidente. Para ambos pueblos, las naciones tradicionales ya han caducado en su dominio moral. Se levantan otras razas, otras culturas, otros sentimientos. Y ellas están llamadas a substituir a aquellos pueblos, cuyo ciclo de cultura, según la voz pesimista de Spengler, toca ya a su término definitivo. Tal teoría, enseñada en las escuelas y alimentada por los teóricos y publicistas de ambos pueblos, ha contaminado la raíz de la estructura moral de sus pobladores. El mesianismo ruso, unido a la voluntad de poder y de dominio de Alemania, forman un conjunto de ideas, cuyo peligro para la paz y la tranquilidad del mundo, sería vano desconocer. Hasta este momento, todas las conjeturas que se hacen alrededor de la actitud de Rusia y Alemania, parecen abonar tal creencia. Ojalá ella no sea más que un miraje y una sombra proyectados sobre la natural suspicacia de los hombres.